

No existe tal cosa como la civilización occidental

Los valores de libertad, tolerancia e investigación racional no son un derecho en una sola cultura. De hecho, la noción misma de una "cultura occidental" es una invención moderna.

Por Kwame Anthony Appiah

Publicado en The Guardian

9 de noviembre de 2016

Traducido y glosado por Lampadia

Como muchos ingleses que sufrían de tuberculosis en el siglo XIX, Sir Edward Burnett Tylor fue al extranjero en busca de un consejo médico, buscando el aire seco de las regiones cálidas. Tylor provenía de una próspera familia de negocios de Quaker, por lo que tenía los recursos para realizar un largo viaje. En 1855, a los 20 años, viajó al Nuevo Mundo y, después de hacerse amigo de un arqueólogo Quaker que conoció en sus viajes, terminó montando a caballo por el campo mexicano, visitando ruinas aztecas y pueblos polvorientos. Tylor quedó impresionado con lo que él llamó "la evidencia de una inmensa población antigua". Y su estancia en México despertó en él un entusiasmo por el estudio de sociedades lejanas, antiguas y modernas. En 1871 publicó su obra maestra, *La cultura primitiva*, considerada la primera obra de la antropología moderna.

La cultura primitiva era, en algunos aspectos, una pelea con otro libro que tenía "cultura" en el título: *Cultura y Anarquía* de Matthew Arnold, una colección que había sido publicada apenas dos años antes. Para Arnold, la cultura era "la búsqueda de nuestra total perfección por medio de conocer, en todos los asuntos que más nos preocupan, lo mejor que se ha pensado y dicho en el mundo". A Arnold no le interesaba el conocimiento de clase: tenía en mente un ideal moral y estético, que se expresaba en el arte y la literatura, la música y la filosofía.

Pero Tylor pensaba que la palabra podía significar algo muy diferente, y en parte por razones institucionales, pudo ver que sí. Tylor fue designado para dirigir el museo de la universidad de Oxford y, en 1896, fue designado como jefe de antropología. Es a Tylor, más que a nadie, a quien le debemos la idea de que la antropología es el estudio de algo llamado "cultura", que él definió como "ese 'todo' complejo que incluye el conocimiento, la creencia, las artes, la moral, el derecho, las costumbres y cualquier otra capacidad y hábitos adquiridos por el hombre como miembro de la sociedad". La civilización, como lo entendía Arnold, era simplemente uno de los muchos modos de la cultura.

Hoy en día, cuando la gente habla de la cultura, generalmente tiene en mente la noción de Tylor o Arnold. Los dos conceptos de la cultura son, en algunos aspectos, antagónicos. El ideal de Arnold era "el hombre de la cultura" y habría considerado "cultura primitiva" un oxímoron. A Tylor le pareció absurdo proponer que una persona pudiera carecer de cultura. Sin embargo, estas nociones contrastantes de la cultura están unidas en nuestro concepto de cultura occidental, que muchas personas piensan define la identidad de la gente occidental moderna. Así que permítanme tratar de desentrañar algunas de nuestras confusiones sobre la cultura, tanto de Tylorian como de Arnoldian, de lo que hemos llamado el oeste.

Alguien le preguntó a Mahatma Gandhi qué pensaba de la civilización occidental, y él respondió: "Creo que sería una muy buena idea." Como muchas de las mejores historias, por desgracia, esta es probablemente apócrifa; pero también como muchas de las mejores historias, ha sobrevivido porque tiene el sabor de la verdad. Pero mi propia respuesta habría sido muy diferente: creo que

deberías abandonar la idea misma de la civilización occidental. En el mejor de los casos, es la fuente de una gran confusión, en el peor de los casos, un obstáculo para hacer frente a algunos de los grandes retos políticos de nuestro tiempo. Dudo en discrepar incluso con Gandhi, pero creo que la civilización occidental no es en absoluto una buena idea, y la cultura occidental no mejora.

Una de las razones de las confusiones en la "cultura occidental" proviene de confusiones sobre el oeste. Hemos utilizado la expresión "el oeste" para hacer trabajos muy diferentes. Rudyard Kipling, poeta de Inglaterra, escribió, "Oh, este es el este y el oeste es el oeste, y nunca se encontrarán", contrastando Europa y Asia, pero ignorando por todas las otras partes. Durante la guerra fría, "el oeste" era un lado de la cortina de hierro; "el este" su opuesto y enemigo. Este uso, también, ignora efectivamente la mayor parte del mundo. A menudo, en los últimos años, "el oeste" significa el Atlántico Norte: Europa y sus antiguas colonias en América del Norte. Lo contrario aquí es un mundo no occidental en África, Asia y América Latina - hoy denominado "el sur global" - aunque muchas personas en América Latina también reclamarán una herencia occidental. Esta manera de hablar advierte al mundo entero, pero agrupa a un montón de sociedades muy diferentes, mientras que delicadamente ignora a los australianos y neozelandeses y sudafricanos blancos, de modo que "occidental" aquí puede parecer simplemente como un eufemismo para el blanco.

Por supuesto, a menudo también hablamos hoy del mundo occidental para contrastar no con el sur sino con el mundo musulmán. Y los pensadores musulmanes a veces hablan de manera paralela, distinguiendo entre Dar al-Islam, el hogar del Islam, y Dar al-Kufr, el hogar de la incredulidad. Me gustaría explorar más a fondo esta oposición. Porque los debates europeos y americanos de hoy, sobre si la cultura occidental es fundamentalmente cristiana heredan una genealogía en la cual la cristiandad es substituida por Europa y entonces por la idea del oeste.

Esta identidad civilizacional tiene raíces que se remontan a casi 1,300 años, entonces. Pero para contar la historia completa, necesitamos comenzar aún más atrás.

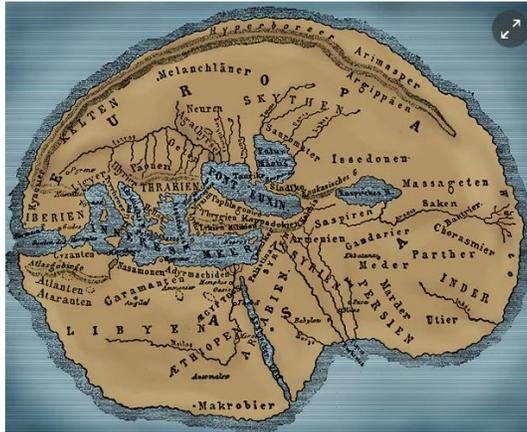
Para el historiador griego Heródoto, en el siglo 5 aC, el mundo se dividió en tres partes. Al este estaba Asia, al sur era un continente que él llamaba Libia, y el resto era Europa. Sabía que la gente, los bienes y las ideas podían viajar fácilmente entre los continentes: él mismo viajaba por el Nilo hasta Asuán, y a ambos lados del Helesponto, frontera tradicional entre Europa y Asia. Herodoto admitió que estaba desconcertado, de hecho, en cuanto a "por qué la tierra, que es una, tiene tres nombres, todas mujeres". Sin embargo, a pesar de su perplejidad, estos continentes eran para los griegos y sus herederos romanos las divisiones geográficas más significativas del mundo.

Pero aquí está el punto importante: a Herodoto no se le habría ocurrido pensar que estos tres nombres correspondían a tres tipos de personas: europeos, asiáticos y africanos. Nació en Halicarnasus - Bodrum en la Turquía moderna. Sin embargo, el haber nacido en Asia Menor no lo convirtió en un asiático; era un griego. Y los celtas, en el lejano oeste de Europa, eran mucho más extraños para él que los persas o los egipcios, de los que conocía bastante. Heródoto sólo usa la palabra "europeo" como un adjetivo, nunca como un sustantivo. Durante un milenio después de su día, nadie más habló de los europeos como un pueblo, tampoco.

Entonces, la geografía que Heródoto conoció fue radicalmente remodelada por el surgimiento del Islam, que salió de Arabia en el siglo VII y se extendió con asombrosa rapidez al norte, al este y al oeste. Después de la muerte del profeta en 632, los árabes lograron en sólo 30 años derrotar al imperio persa que llegó a través de Asia central hasta la India.

La dinastía Omeya, que comenzó en 661, empujó el oeste hacia el norte de África y el este hacia Asia central. A principios de 711, envió un ejército a través del estrecho de Gibraltar a España, que los árabes llamaron al-Andalus, donde atacó a los visigodos que habían gobernado gran parte de la provincia romana de Hispania durante dos siglos. En siete años, la mayor parte de la península ibérica estaba bajo dominio musulmán. No fue hasta 1492, casi 800 años después, que toda la península volvió a estar bajo la soberanía cristiana.

Los conquistadores musulmanes de España no habían planeado detenerse en los Pirineos, e hicieron intentos regulares en los primeros años para avanzar más al norte. Pero cerca de Tours, en el 732 DC, Charles Martel, abuelo de Carlomagno, derrotó a las fuerzas de al-Andalus, y esta batalla decisiva acabó efectivamente con los intentos árabes por la conquista de la Europa franca. El historiador del siglo XVIII Edward Gibbon, exagerando un poco, observó que si los árabes hubieran ganado en Tours, podrían haber navegado por el Támesis. Tal vez -añadió- la interpretación del Corán se enseñaría ahora en las escuelas de Oxford y sus púlpitos podrían demostrar a un pueblo circuncidado la santidad y la verdad de la revelación de Mahoma.



El mundo según Heródoto. Fotografía: Interfoto / Alamy / Alamy

Lo que importa para nuestros propósitos es que el primer uso registrado de una palabra para los europeos como una especie de persona, por lo que sé, sale de esta historia de conflicto. En una crónica latina, escrita en 754 en España, el autor se refiere a los vencedores de la Batalla de Tours como "Europenses", europeos. Así, simplemente, la idea misma de un "europeo" fue utilizada por primera vez para contrastar a los cristianos y los musulmanes. (Incluso esto, sin embargo, es una simplificación. A mediados del siglo 8, gran parte de Europa aún no era cristiana.)

Ahora, nadie en la Europa medieval habría utilizado la palabra "occidental". Por un lado, la costa de Marruecos, hogar de los moros, se extiende al oeste de Irlanda. Por otro lado, hubo gobernantes musulmanes en la Península Ibérica -una parte del continente que Heródoto llamó Europa- hasta casi el siglo XVI. El contraste natural no era entre el islam y el oeste, sino entre la cristiandad y Dar al Islam, cada uno de los cuales consideraba al otro como infiel, definido por su incredulidad.

A partir de finales del siglo XIV, los turcos que crearon el imperio otomano ampliaron gradualmente su dominio en partes de Europa: Bulgaria, Grecia, los Balcanes y Hungría. Sólo en 1529, con la derrota de Suleiman el ejército del Magnífico en Viena, se inició la reconquista de Europa del Este. Fue un proceso lento. No fue hasta 1699 que los otomanos finalmente perdieron sus posesiones

húngaras; Grecia se convirtió en independiente sólo a principios del siglo 19, Bulgaria incluso más tarde.

Tenemos, pues, un sentido claro de la Europa cristiana - la cristiandad - definiéndose a sí misma a través de la oposición. Y sin embargo, el paso de la "cristiandad" a la "cultura occidental" no es sencillo.

Por un lado, las clases cultas de la Europa cristiana sacaron muchas de sus ideas de las sociedades paganas que las precedieron. A finales del siglo XII, Chrétien de Troyes, nacido a un par de cientos de kilómetros al suroeste de París, celebró estas primeras raíces: "Grecia tuvo una vez la mayor reputación de caballería y aprendizaje", escribió. Entonces la caballería fue a Roma, y también lo hizo todo el aprendizaje, que ahora ha llegado a Francia.

La idea de que lo mejor de la cultura de Grecia pasó por Roma a Europa occidental se convirtió gradualmente en algo común en la Edad Media. De hecho, este proceso tenía un nombre. Fue llamado el "translatio studii": la transferencia del aprendizaje. Y era una idea asombrosamente persistente. Más de seis siglos más tarde, Georg Wilhelm Friedrich Hegel, el gran filósofo alemán, dijo a los estudiantes de la escuela secundaria que dirigió en Nuremberg: "El fundamento del estudio superior debe ser y permanecer en la literatura griega como primer lugar, romano en el segundo. "

Así, desde finales de la Edad Media hasta ahora, la gente ha pensado en lo mejor de la cultura de Grecia y Roma como una herencia civilizatoria, transmitida como una preciosa piedra de oro, excavada fuera de la tierra por los griegos, transferida, cuando el imperio romano los conquistó, a Roma. Participaron entre las cortes flamencas y florentinas y la República de Venecia en el Renacimiento, sus fragmentos pasaron por ciudades como Aviñón, París, Amsterdam, Weimar, Edimburgo y Londres, y finalmente se reunieron - juntos como los fragmentos rotos de una urna griega - en las academias de Europa y los Estados Unidos.

Hay muchas maneras de embellecer la historia de la pepita de oro. Pero todos enfrentan una dificultad histórica. Porque la herencia clásica fue compartida con el aprendizaje musulmán. En Bagdad del califato abasí del siglo IX, la biblioteca del palacio contó con las obras de Platón y Aristóteles, Pitágoras y Euclides, traducidas al árabe. En los siglos que Petrarca llamó la Edad Oscura, cuando la Europa cristiana hizo poca contribución al estudio de la filosofía clásica griega, y muchos de los textos se perdieron, estas obras fueron preservadas por eruditos musulmanes. Gran parte de nuestra comprensión moderna de la filosofía clásica entre los antiguos griegos se debe sólo a que esos textos fueron recuperados por los eruditos europeos en el Renacimiento de los árabes.

En la mente de su cronista cristiano, como vimos, la batalla de Tours enfrentó a los europeos contra el Islam; pero los musulmanes de al-Andalus, por muy belicosos que fueran, no pensaban que luchar por territorio significaba que no podían compartir ideas. A finales del primer milenio, las ciudades del Califato de Córdoba fueron marcadas por la cohabitación de judíos, cristianos y musulmanes, de bereberes, visigodos, eslavos e innumerables otros.

No había rabinos reconocidos ni eruditos musulmanes en la corte de Carlomagno; En las ciudades de al-Andalus había obispos y sinagogas. Racemondo, obispo católico de Elvira, fue el embajador de Córdoba ante los tribunales del imperio bizantino y santo romano. Hasdai ibn Shaprut, líder de la comunidad judía de Córdoba a mediados del siglo X, no sólo era un gran erudito médico, sino también presidente del consejo médico del califa; y cuando el emperador Constantino de Bizancio envió al califa una copia del 'Materia Medica de Dioscórides', tomó la sugerencia de Ibn Shaprut de traducirla al árabe y Córdoba se convirtió en uno de los grandes centros del conocimiento médico

en Europa. La traducción al latín de las obras de Ibn Rushd, nacido en Córdoba en el siglo XII, inició el redescubrimiento europeo de Aristóteles. Fue conocido en latín como Averroes, o más comúnmente como "El Comentarista", debido a sus comentarios sobre Aristóteles. Así que las tradiciones clásicas que están destinadas a distinguir la civilización occidental de los herederos de los califatos son en realidad un punto de parentesco con ellos.

Pero la historia de la pepita de oro estaba destinada a ser acosada por dificultades. Imagina la cultura occidental como la expresión de una esencia - algo - que se ha pasado de mano en mano en su viaje histórico. Los escollos de este tipo de esencialismo son evidentes en una amplia gama de casos. Si uno está discutiendo religión, nacionalidad, raza o cultura, la gente ha supuesto que una identidad que sobrevive a través del tiempo y del espacio debe ser propulsada por una cierta esencia común. Pero eso es simplemente un error. ¿Cómo era Inglaterra en los días de Chaucer, padre de la literatura inglesa, que murió hace más de 600 años? Toma lo que creas que es distintivo de ella, cualquiera que sea la combinación de costumbres, ideas y cosas materiales que hicieron que Inglaterra sea característicamente inglés entonces. Sea lo que sea que elijas, ya no distingue el inglés de ahora. Más bien, con el tiempo, cada generación hereda la etiqueta de una anterior; y, en cada generación, la etiqueta viene con un legado. Pero a medida que los legados se pierden o se intercambian por otros tesoros, la etiqueta sigue avanzando. Las identidades pueden mantenerse unidas por narrativas, en resumen, sin esencias. No se puede llamar "Inglés" porque hay una esencia que esta etiqueta sigue; uno es inglés porque nuestras reglas determinan que uno tiene derecho a la etiqueta que, de alguna manera, está conectada con un lugar llamado Inglaterra.

Entonces, ¿cómo se conectó a la gente del Atlántico Norte, y algunos de sus parientes alrededor del mundo, a un reino que llamamos Occidente, y cómo obtuvieron una identidad como participantes en algo llamado cultura occidental?



Foto: Rischgitz / Getty Images El dibujo de James Gillray en 1805, "El pudín de plomo en peligro", representa al primer ministro William Pitt y a Napoleón Bonaparte tallando el mundo

Esto ayudará a reconocer que el término "cultura occidental" es sorprendentemente moderno - más reciente que el fonógrafo. Tylor nunca habló de ello. Y, en efecto, no tenía ninguna razón para hacerlo, pues era profundamente consciente de la diversidad cultural interna incluso de su propio país. En 1871 él divulgó evidencia de la brujería en Somerset rural. Una ráfaga de viento en un pub había soplado algunas cebollas asadas apuñaladas con alfileres de la chimenea. "Una -escribió Tylor- tenía el nombre de un magistrado, a quien el mago, que era el encargado de la tienda de

antigüedades, odiaba... y a quien, al parecer, le diseñó una cebolla para apuñalarlo y librarse de él". Cultura primitiva, de hecho.

Así que la idea misma del "Oeste", para nombrar un patrimonio y un objeto de estudio, no surge realmente hasta la década de 1890, durante una era acalorada del imperialismo, y adquiere una moneda más amplia sólo en el siglo XX. Cuando, alrededor de la época de la primera guerra mundial, Oswald Spengler escribió el influyente libro traducido como El Declive del Oeste -un libro que introdujo el concepto a muchos lectores- se burló de la noción de que había continuidades entre la cultura occidental y la clásica. Durante una visita a los Balcanes a finales de la década de 1930, la escritora y periodista Rebecca West relató el sentimiento de un visitante de que "es incómodamente reciente, el golpe que habría destrozado toda nuestra cultura occidental". El "golpe reciente" en cuestión fue el sitio turco de Viena en 1683.

Si la noción de cristiandad era un artefacto de una prolongada lucha militar contra las fuerzas musulmanas, nuestro concepto moderno de la cultura occidental tomó en gran medida su forma actual durante la guerra fría. En el escalofrío de la batalla, forjamos una gran narración sobre la democracia ateniense, la Carta Magna, la revolución copernicana, etc. De Platón a la OTAN. La cultura occidental era, en su esencia, individualista y democrática, liberalista y tolerante y progresista, racional y científica. No importaba que la Europa pre-moderna no fuera ninguna de estas cosas, y que hasta el siglo pasado la democracia era la excepción en Europa, algo que pocos de los estables del pensamiento occidental tenían algo bueno que decir. La idea de que la tolerancia era constitutiva de algo llamado cultura occidental habría sorprendido a Edward Burnett Tylor, quien, como Quaker, había sido impedido de asistir a las grandes universidades de Inglaterra. Para ser contundente: si la cultura occidental fuera real, no pasaríamos tanto tiempo hablando de ella.

Por supuesto, alguna vez la cultura occidental podría haber sido un término de alabanza, destinado a convertirse en un término de des-alabanza, también. Los críticos de la cultura occidental, que producen un fotonegativo enfatizando la esclavitud, la subyugación, el racismo, el militarismo y el genocidio, se comprometieron con el mismo esencialismo, aunque vean una pepita no de oro sino de arsénico.

Hablar de la "cultura occidental" ha tenido una mayor imposibilidad de superar. Coloca en el corazón de la identidad todo tipo de logros intelectuales y artísticos: filosofía, literatura, arte, música; las cosas que Arnold valoró y los humanistas estudian. Pero si la cultura occidental estaba allí en Troyes a finales del siglo XII cuando Chrétien estaba vivo, tenía poco que ver con la vida de la mayoría de sus conciudadanos, que no sabían latín o griego, y nunca habían oído hablar de Platón. Hoy en día, el patrimonio clásico no juega un papel más importante en la vida cotidiana de la mayoría de los estadounidenses o británicos. ¿Son estos logros Arnoldianos los que nos mantienen unidos? Por supuesto que no. Lo que nos mantiene unidos, sin duda, es el amplio sentido de la cultura de Tylor: nuestras costumbres de vestimenta y saludo, los hábitos de conducta que configuran las relaciones entre hombres y mujeres, padres e hijos, policías y civiles, vendedores y consumidores. Los intelectuales como yo tienen una tendencia a suponer que las cosas que nos importan son las cosas más importantes. No digo que no importan. Pero importan menos de lo que sugiere la historia de la pepita de oro.

Entonces, ¿cómo hemos logrado decirnos que somos legítimos herederos de Platón, Aquino y Kant, cuando la materia de nuestra existencia es más Beyoncé y Burger King? Bueno, al fusionar la imagen de Tylorian y la de Arnoldian, el reino de lo cotidiano y el reino del ideal. Y la clave de esto era algo que ya estaba presente en la obra de Tylor. Recuerda su famosa definición: comenzó con la cultura

como "ese todo complejo". Lo que está oyendo es algo que podemos llamar organicismo. Una visión de la cultura no como un conjunto suelto de fragmentos dispares, sino como una unidad orgánica, cada componente, como los órganos en un cuerpo, cuidadosamente adaptado para ocupar un lugar particular, cada parte es esencial para el funcionamiento del todo. El concurso de canciones de Eurovisión, los recortes de Matisse, los diálogos de Platón son partes de un todo más grande. Como tal, cada uno es una celebración en su biblioteca cultural, por así decirlo, incluso si nunca lo ha comprobado personalmente. Incluso si no es su núcleo, sigue siendo su herencia y posesión. Organicism explicó cómo nuestro yo cotidiano podría ser espolvoreado con oro.

Ahora bien, hay conjuntos orgánicos en nuestra vida cultural: la música, las palabras, el set-design, la danza de una ópera y están destinados a encajar. Es, en la palabra inventada de Wagner, un Gesamtkunstwerk, una obra de arte total. Pero no hay un gran todo llamado cultura que orgánicamente todas estas partes. España, en el corazón de "Occidente", resistió la democracia liberal durante dos generaciones después de que despegara en la India y Japón en "el este", hogar del despotismo oriental. La herencia cultural de Jefferson - libertad ateniense, libertad anglosajona - no preservó a los Estados Unidos de crear una república de esclavos. Al mismo tiempo, Franz Kafka y Miles Davis pueden vivir juntos fácilmente - quizás incluso más fácilmente - que Kafka y su compañero austro-húngaro Johann Strauss. Se encuentra hip-hop en las calles de Tokio. Lo mismo es cierto en la cocina: los británicos una vez intercambiaron su pescado y patatas fritas por tikka masala de pollo, ahora, me entero, todos ellos están teniendo un Nando picante.

Una vez que abandonamos el organicismo, podemos abordar el cuadro más cosmopolita en el que cada elemento de la cultura, desde la filosofía o la cocina hasta el estilo del movimiento corporal, es separable en principio de todos los demás; realmente puedes caminar y hablar como un africano-Americano y pensar con Matthew Arnold e Immanuel Kant, así como con Martin Luther King y Miles Davis. Ninguna esencia musulmana impide que los habitantes de Dar al-Islam tomen cualquier cosa de la civilización occidental, incluyendo el cristianismo o la democracia. Ninguna esencia del oeste puede impedir que un New Yorker de cualquier ascendencia estudie el Islam.

Las historias que contamos que conectan a Platón o Aristóteles o Cicerón o San Agustín con la cultura contemporánea en el mundo del Atlántico Norte tienen algo de verdad en ellas, por supuesto. Tenemos tradiciones autoconscientes de erudición y argumentación. La ilusión es pensar que basta con que tengamos acceso a estos valores, como si fueran pistas de una lista de reproducción de Spotify que nunca hemos escuchado. Si estos pensadores forman parte de nuestra cultura arnoldiana, no hay garantía de que lo que es mejor en ellos continuará significando algo para los niños de aquellos que ahora miran hacia atrás, más que la centralidad de Aristóteles para el pensamiento musulmán por cientos de Años le garantiza un lugar importante en las culturas musulmanas modernas.

Los valores no son un derecho de nacimiento: hay que ganarlos. Vivir en el oeste, como sea que lo definas, siendo occidental, no garantiza que uno se preocupe por la civilización occidental. Los valores que a los humanistas europeos les gusta nombrar pertenecen tan fácilmente a un africano o a un asiático que los acepta con tanto entusiasmo como un europeo. Por esa misma lógica, por supuesto, no pertenecen a un europeo que no se haya tomado la molestia de comprenderlas y absorberlas. Lo mismo, por supuesto, es cierto en la otra dirección. La historia de la pepita de oro sugiere que no podemos dejar de preocuparnos por las tradiciones del "oeste" porque son nuestras: de hecho, lo contrario es cierto. Son sólo nuestras si nos preocupamos por ellas. Una cultura de libertad, tolerancia e investigación racional: sería una buena idea. Pero estos valores representan elecciones a hacer, no pistas establecidas por un destino occidental.

En el año de la muerte de Edward Burnett Tylor, lo que se nos enseñó a llamar como 'civilización occidental' tropezó con un combate de muertes: los Aliados y las Grandes Potencias centrales lanzaron ataques entre sí, llevando a los jóvenes a la muerte para "defender a la civilización". Los campos empapados de sangre y las trincheras envenenadas por gas habrían sorprendido las esperanzas evolucionistas y progresistas de Tylor, y confirmado los peores temores de Arnold acerca de lo que realmente significaba la civilización. Arnold y Tylor habrían estado de acuerdo, por lo menos, en esto: **la cultura no es una caja para revisar el cuestionario de la humanidad; es un proceso al que se une, una vida vivida con otros.**

La cultura - como la religión y la nación y la raza - proporciona una fuente de identidad para los seres humanos contemporáneos. Y, al igual que los tres, puede convertirse en una forma de confinamiento, los errores conceptuales suscribiendo los morales. Sin embargo, todos ellos también pueden dar contornos a nuestra libertad. Las identidades sociales conectan la pequeña escala en la que vivimos nuestras vidas junto con nuestros familiares y con mayores movimientos, causas y preocupaciones. Pueden hacer un mundo más amplio inteligible, vivo y urgente. Pueden expandir nuestros horizontes a comunidades más grandes que las que habitamos personalmente. Pero nuestras vidas deben tener sentido, también, en la más grande de todas las escalas. Vivimos en una era en la que nuestras acciones, en el ámbito de la ideología como en el ámbito de la tecnología, tienen cada vez más efectos globales. Cuando se trata de la brújula de nuestra preocupación y compasión, la humanidad en su conjunto no es un horizonte demasiado amplio.

Vivimos con siete mil millones de seres humanos en un planeta pequeño y cálido. El impulso cosmopolita que recurre a nuestra humanidad común ya no es un lujo; se ha convertido en una necesidad. Y al encapsular ese credo puedo recurrir a una presencia frecuente en los cursos de la civilización occidental, porque no creo que pueda mejorar la formulación del dramaturgo Terence: un antiguo esclavo de África romana, un intérprete latino de comedias griegas, un escritor de la Europa clásica que se llamaba Terence el africano. Una vez escribió: **"Homo sum, humani nihil a me alienum puto."** **"Soy humano, no creo que nada sea ajeno a mí". Ahora hay una identidad que vale la pena conservar.**